
HABLA SOLIDARIDAD

Entrevista con Andrzej Celinski



Andrzej Celinski, treinta y un años, sociólogo, profesor asistente de la Universidad de Varsovia, expulsado de ésta desde que en 1976 forma parte del KOR, Comité de Defensa de los Obreros. Fue también secretario de la Asociación de los Cursos Científicos, el grupo de la oposición democrática que organizaba las actividades de las Universidades Ocultas; cursos de historia, literatura, sociología y filosofía, etc. montados de forma paralela a las instituciones académicas oficiales.

Desde el agosto polaco es secretario del KKP, órgano supremo de «Solidaridad» y mano derecha de Lech Walesa. Un dato importante, a la vista de los resultados de la primera parte del Congreso de «Solidaridad», lo constituye el hecho de que la entrevista se haya realizado días antes de este primer Congreso.

—Después de cumplirse el primer aniversario de los acuerdos de Gdansk, cuando Solidaridad encara su primer congreso, el balance de este año para la gente de la calle no es, digámoslo claro, optimista. Ultimamente hay quién dice

que la política de concertación empieza a romperse, o mejor dicho, ya se ha roto. Ambos lados hacen declaraciones afirmando sus ganas de diálogo,

pero en la práctica eso sufre un efecto refractario. La gente está desanimada por los resultados miserables, cansada por las colas y la tensión permanente. ¿Todo esto no parece el fin de Solidaridad?

A.C.—La población polaca ha aprendido ya una regla. De vez en cuando, la sociedad civil se levanta contra un poder que no le parece el suyo. El poder hace concesiones y, después —eso sucedía siempre—, pasado un cierto tiempo, el poder comienza a arrebatarse aquellas conquistas que la sociedad consiguió. En muchos casos ni siquiera se cambiaban los slógans y la fraseología del proceso de renovación. En ocasiones anteriores, sobre todo en 1956, sucedió que, antes que la sociedad se organizara, el poder ya había conseguido atornillarla. En la última oportunidad, el poder no podía resistir la consecución de las reivindicaciones, a veces muy revolucionarias, del pueblo. Pero lo que sucede en las últimas semanas es que la gente piensa que podemos estar ya iniciando la retirada respecto de la línea del acuerdo.

—¿Se refiere al acuerdo de Gdansk?

A.C.—No, cuando hablo de la línea del acuerdo no me refiero a los acuerdos concretos de Gdansk, Szzcecin y Jastrzebie. La verdadera línea del acuerdo está marcada por el cambio de relaciones entre el poder y la sociedad. Creo que la sociedad actual estaría dispuesta a aceptar un poder que no es suyo, si éste cambiara sus relaciones con la sociedad.

—¿Y ese nuevo tipo de relaciones todavía no se ha logrado?

A.C.—No, ese nuevo tipo todavía no se ha alcanzado. Y este hecho está provocado porque el poder cree que conoce los problemas mejor que nosotros.

Creo que la sociedad aceptaría un poder que no es suyo, si éste cambiara sus relaciones con la sociedad.

Se sigue manteniendo el modelo según el cual el poder está situado encima de la sociedad y el Gobierno no acepta ni una sola vez su papel ejecutivo al servi-

cio de la sociedad, ni siquiera dentro de los límites de los acuerdos que firmó. En todas las negociaciones el Gobierno juega con *Solidaridad*.

—¿Y *Solidaridad*?

A.C.—Hay que decir que *Solidaridad*, durante mucho tiempo, actuaba de forma poco política. Presentaba sus demandas abiertamente, de manera demasiado directa. El Gobierno, en cambio, respondía en el idioma del juego político. Esto es absurdo. Ninguna sociedad desea hablar así con su poder. El Gobierno repite que está concediendo, entregando, consintiendo. Así no habrá forma. El Gobierno tiene que entender que la sociedad no soporta más la vieja dominación. El poder ya no tiene nada que regalar. Tiene que entender que es necesario formar un programa con los problemas sobre los que la sociedad va a decidir, y me parece ya una concesión, porque la sociedad tendría que decidir ella.

—Quiero volver al origen de mi pregunta. ¿Los últimos conflictos, tan brutales, no le parecen el resultado de que el poder ha llegado a la conclusión de que puede oponerse a *Solidaridad* sin que se acabe el mundo? ¿No hay en esto algo de verdad? ¿No es hoy *Solidaridad* un tigre de papel?

A.C.—Hay un poco de verdad en este pensamiento, pero es una verdad peligrosa. Si el poder trata a *Solidaridad* como un tigre de papel, la revolución polaca terminará trágicamente.

—¿Trágicamente para *Solidaridad*?

A.C.—Trágicamente para toda Polonia. Hoy *Solidaridad* cohesiona esta sociedad con enormes esfuerzos. Es decir, frena permanentemente los deseos populares, los canaliza, los ordena. Si el poder organiza un ataque frontal a *Solidaridad*, en este país explotará una

sublevación. Nosotros repetimos que no queremos esto, que no es nuestro camino.

—¿Ve usted algún otro camino?

A.C.—El único camino razonable es una reforma del poder, y digo reforma, no revolución. Según mi opinión no hay otro camino para nuestro país. El problema estriba en que —últimamente— este poder no tiene capacidad de reforma.

—¿Quiere decir que hemos llegado a la terrible conclusión —por otra parte una tesis ya vieja— de la imposibilidad de reformar el sistema comunista?

A.C.—No, todavía no pierdo la esperanza. Perder la esperanza significaría que se acabaron todas las posibilidades para este país. Pero yo no dejo de ser escéptico.

—¿De dónde surgen los verdaderos obstáculos? ¿De las relaciones actuales o del sistema mismo?

A.C.—No me gusta nada cuando se dice que el único culpable es el sistema. El mundo vive y el sistema es parte del mundo. La tesis sobre la imposibilidad de reformar el sistema me parece falsa y vacía.

—¿Entonces se trata de las nuevas relaciones?

A.C.—Pues sospecho que la élite del poder en este país sufre un defecto: la falta de valor, y eso conduce al país hacia una catástrofe. Puede ser que también la reforma, rápida y profunda, conduzca hacia la catástrofe. Esto es probable. Pero la falta de reforma trae la catástrofe segura. Esta gente, digo, la élite del poder, tiene que entenderlo y sospecho que a la mayoría ni siquiera se le ocurre esta idea.

—¿Pero la capacidad de establecer los acuerdos ya adoptados no es una muestra de flexibilidad de parte de la élite?

A.C.—Sí, ellos están dispuestos a seguir llegando a compromisos, pero son siempre compromisos a corto plazo.

«Ahora tenemos que soltar cuerda para después dominar mejor la situación.» No para volver a la fórmula antigua, sino para guardar su posición dominante en la sociedad. Y esto no es posible sin el respaldo de las fuerzas militares, y, parece, no sólo polacas.

—Las semanas antes del Congreso han demostrado que las posibilidades de la sociedad no son ilimitadas. El movimiento sigue influyendo en las actitudes del poder, pero el Gobierno puede perfectamente dejar algunas demandas sin ninguna respuesta. En este sentido, ¿no parece el tiempo un enemigo de Solidaridad?

A.C.—Yo diría que el tiempo es enemigo de la sociedad y no del sindicato. En cualquier momento se puede pro-

En cualquier momento se puede producir un gran descontento social y entonces nadie podrá dominar la situación del país.

ducir un gran descontento social y entonces nadie podrá dominar la situación del país. Ni *Solidaridad*, ni el Gobierno. Dicho más brevemente, en cualquier momento puede explotar la huelga general y su solución será incomparablemente más difícil que en agosto del año pasado. Entre otras razones, porque esta huelga podrá convertirse con facilidad en un intento por derrocar el poder. Es perfectamente posible que los millones de trabajadores lleguen a la conclusión de que este poder no es capaz de aceptar un estilo de gobierno basado en el desarrollo de los acuerdos sociales y de concordia con el pueblo.

—Pero junto a esos millones activos y politizados existen otros tantos millones pasivos e incluso refractarios. Junto a efervescencia se nota también mucho desencanto...

A.C.—Sí, pero en una situación como la que he descrito anteriormente deciden los más radicales. Los otros se subordinan y entonces ya no queda la posibilidad de buscar el compromiso entre las distintas formas de lucha.

—Pero en los últimos conflictos antes

del Congreso se evidencia otra cosa: ya no se ve mucha gente indecisa. Unos quieren ir a la huelga, y otros trabajar.

A.C.—Sí, pero parte de los que ya no quieren ir a la huelga es porque piensan que la huelga es ya un arma devaluada.

—*También hay cada vez más gente que piensa que no hay otro futuro que la catástrofe. La catástrofe como el único resultado posible de la oposición al poder...*

A.C.—El hecho de que se piense que los métodos pacíficos ya no sirven, con la convicción de que el poder prácticamente no cambió, me parece terrible. Por otra parte, la élite sigue con su opinión, que dice: «Tenemos el poder y la sociedad tiene que escucharnos.» El vicepresidente primero Mieczyslaw Rakowski repite directamente durante todas las negociaciones: «No devolveremos el poder.» Eso no sólo significa «no entregaremos el poder a otro grupo político», sino también: «No devolveremos ningún poder a la sociedad.» El Gobierno actúa como un elemento ajeno. Eso es algo trágico; este Gobierno va a perder su oportunidad...

—*¿Y los dirigentes de Solidaridad, que también aparecen como interviniendo en la vida del país, no pueden perder su oportunidad frente a las amas de casa que hacen colas?*

A.C.—Creo que el Gobierno puede socavar la autoridad pública de los dirigentes del movimiento. Lo veo perfectamente posible. Pero, en este caso, el Gobierno se encontrará con una respuesta popular desorganizada y sin dirección, lo que puede dar lugar a un baño de sangre. Y para esto no hay que pensar en una huelga de diez millones de trabajadores. Sería suficiente con que mil personas quemaran varios edificios oficiales. Como en el 1970, se respondería con disparos. Pero en esta ocasión eso sería la chispa de una explosión revolucionaria. Es decir: una si-

tuación sin salida. Además, todo esto duraría tiempo. Porque los vencedores querrían castigar a sus enemigos, y los vencidos se dedicarían a la resistencia, algo muy frecuente en nuestra historia, y a los atentados terroristas. Ese baño de sangre sería cometer el crimen más grande en este país. Yo temo que la política actual del Gobierno conduce en esta dirección. No digo que el poder lo quiera, sino que su política puede provocarlo.

—*¿Cree usted que el Gobierno no se da cuenta de la gravedad de esta situación?*

A.C.—Probablemente está pensando que la sociedad está desalentada. Y probablemente, todos estemos desalentados: el Gobierno, *Solidaridad*, la sociedad. Pero hay que salir de esta situación.

—*Nos ha presentado usted una perspectiva verdaderamente catastrófica. ¿No ve usted alguna salida un poco más optimista?*

A.C.—No es una visión catastrófica. Sólo quería mostrar el peligro. De todas formas, durante cinco u ocho años la sociedad polaca va a sufrir la carga enorme de la crisis. No veo salidas milagrosas...

—*Una salida que exige la permanente negociación entre ambas partes...*

A.C.—En efecto. Una negociación que no puede verse con la óptica actual del Gobierno, donde hay siempre vencedores y vencidos. Si lo miráramos con esa óptica, tendríamos que decir que nosotros estamos haciendo muchas cosas que el Gobierno ya no puede hacer. Por ejemplo, el llamamiento de *Solidaridad* a trabajar ocho sábados libres. En todo caso, esta es una salida que implica al conjunto de la sociedad, mediante un mecanismo

fundamental: los consejos obreros. Pero toda sociedad necesita un Gobierno, como necesita unos representantes sociales. El sindicato no puede gobernar.

**Durante cinco
u ocho años la sociedad
polaca va a sufrir la carga
enorme de la crisis.
No veo salidas milagrosas...**